

## Liturgia y vida espiritual: «Señor, enséñanos a orar»<sup>1</sup>

*Alice von Hildebrand*

La petición que los discípulos dirigen a Jesús, «Señor, enséñanos a orar», afirma y confirma que necesitamos la ayuda de Dios para orar como es debido y que, sin su ayuda, nuestras oraciones no le glorificarían como se merece. Cristo respondió a esta petición dándonos el *Padrenuestro*. Pero la Iglesia, su santa esposa —y nuestra madre amorosa— también escuchó esta llamada y nos dio la liturgia. Su fruto más glorioso es el santo sacrificio de la misa, pero la liturgia también incluye las horas canónicas.

El presente artículo está dedicado a este tema sublime. El fin último de la existencia del hombre es adorar a Dios en espíritu y en verdad. En el corazón de la liturgia está la voluntad de dar a Dios la respuesta de adoración que Él merece por ser Dios. Por eso, en su santa regla, san Benito dice a sus monjes que no deben preferir nada al *opus Dei*.

La Iglesia se aleja radicalmente del eudemonismo de Aristóteles, para quien la felicidad era el bien supremo. Según la enseñanza de la Iglesia, el fin primero del hombre es la glorificación de Dios y su felicidad es solo su fin secundario. Por eso reza así: *Infunde cordibus nostris tui amoris affectum: ut te in omnibus et super omnia diligentes, promissiones tuas, quae omne desiderium superant consequamur* – «Pon en nuestros corazones el fervor de tu amor, para que, amándote en todo y por encima de todo, podamos obtener los bienes que nos has prometido y que superan todo lo que podemos desear» (5.º domingo después de Pentecostés). Perseguir el primer fin para alcanzar el segundo sería invertir totalmente la jerarquía de valores, y eso iría en realidad en contra del objetivo perseguido: en efecto, solo podemos alcanzar la bienaventuranza si amamos a Dios por sí mismo y no como un medio para alcanzar la felicidad. Solo podemos alcanzar la bienaventuranza si adoramos a Dios, porque solo Él es Santo, solo Él es Señor, solo Él es el Altísimo. La respuesta de adoración le es debida, nunca puede ser un medio para alcanzar la bienaventuranza.

Los comunistas suelen reprochar a los cristianos que solo sirven a Dios porque esperan la felicidad, pero esta crítica es totalmente infundada. Al tener una idea radicalmente errónea de la esencia de la bienaventuranza, afirman erróneamente que los cristianos solo buscan su interés egoísta y que por eso su comportamiento es «mercenario». Por su parte, afirman que su preocupación por la «humanidad» es desinteresada porque ellos mismos nunca conocerán el

---

<sup>1</sup> Actas VIII. Versalles. Del 8 al 10 de noviembre de 2002.

«paraíso de los trabajadores» que se esfuerzan por instaurar. E , conviene subrayar expresamente que, para los cristianos, la felicidad no es el fin supremo; el fin supremo es Dios. Y nuestra felicidad proviene de nuestro amor por Dios. Nuestra alegría es alabarlo y glorificarlo. Nuestra felicidad no está fuera de él, está en él. Es en san Pablo donde encontramos la formulación más paradójica de esta verdad fundamental: se declara dispuesto a renunciar a su felicidad por amor a sus hermanos judíos, para que puedan reconocer que Cristo es el rey de los judíos. Por supuesto, el deseo paradójico de san Pablo —que expresa la santa locura del amor que sentía por ellos— es imposible, porque solo podría perder su felicidad pecando y, por tanto, separándose de aquel a quien ama. Lo que quiere decirnos es que, debido a la intensidad de su amor por Dios y por sus hermanos, estaría dispuesto, si fuera posible, a sacrificar el bien que le reportaría su sacrificio, si tan solo sus hermanos dieran la respuesta que corresponde a su infinita santidad.

Es sorprendente constatar hasta qué punto se descuida a menudo la importancia de la liturgia en la vida católica, como lo demuestra, en particular, la deplorable costumbre de rezar el rosario durante la Santa Misa: esto demuestra hasta qué punto incluso las personas piadosas no comprenden que el santo sacrificio de la Misa es el acto litúrgico más perfecto. En nuestra vida de oración debe haber una jerarquía: por muy loable que sea el rezo del rosario, no debe anteponerse al santo sacrificio de la misa, ya que este es el mayor don que nos hizo Cristo en la Última Cena.

Tuve la suerte de recibir una educación verdaderamente católica. En la escuela primaria y secundaria, unas religiosas dedicadas, las canónigas de San Agustín, nos impartían seis horas de enseñanza religiosa a la semana, por lo que cuando terminé la escuela conocía muy bien mi religión. Pero solo cuando llegué a Estados Unidos y conocí a Dietrich von Hildebrand, asistiendo a las veladas litúrgicas que organizaba en su modesto apartamento —era un refugiado—, descubrí los incomparables tesoros de la liturgia tridentina. Para mí fue un descubrimiento invaluable, porque establecía un vínculo profundo entre mi conocimiento de la fe y mi forma de vivirla cotidianamente. En efecto, la liturgia no es solo la glorificación más perfecta de Dios: también contiene el alimento espiritual que necesitamos para establecer el vínculo entre los misterios de la fe y nuestra vida cotidiana. Por eso, *el año litúrgico* de Dom Guéranger sigue siendo uno de los mayores tesoros de la vida espiritual.

La liturgia es la oración más perfecta porque es la oración del mismo Cristo, el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el salvador del mundo. Ahora, su oración es la oración de su santa esposa, la Santa Iglesia Católica, y todos los fieles están invitados a unirse a la alabanza

que esta hace a su divino esposo . En la liturgia, la Iglesia militante se une a la Iglesia triunfante para cantar la gloria de Dios: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*.

También se une a aquellos que, en el purgatorio, esperan el momento feliz en que se unirán a Dios. En este sentido, la liturgia nos hace tomar conciencia claramente de que todo el cuerpo místico está presente en la alabanza litúrgica. La imperfección del hombre —siempre «gimiendo y llorando en este valle de lágrimas»— se compensa con el coro glorioso de todos los que aún viven en esta tierra y los que ya no viven en ella —es decir, los que ya no pueden morir—, unidos en la misma fe y el mismo amor para adorar al dispensador de todo bien.

Por imperfecta e indigente que sea la oración del hombre, se completa con el canto de amor que sale de la boca de los santos. En la liturgia descubrimos lo que significa la verdadera comunión y lo radicalmente diferente que es del «estar juntos» superficial de una recepción mundana, donde se está juntos sin estar en comunión; a este respecto, se ha hablado con razón de «multitud solitaria». En la liturgia no estamos aislados. Podemos beneficiarnos de los tesoros acumulados por aquellos que son nuestros modelos: los santos. Al amar a Dios, aprendieron a amar auténticamente a su prójimo —y esto es algo imposible en el plano puramente natural— y a compartir generosamente con nosotros los méritos adquiridos por sus oraciones y sus sufrimientos. Santa Teresa de Lisieux prometió que pasaría su cielo haciendo el bien en la tierra. La liturgia contiene todos estos tesoros y nunca se niega a dárselos a quienes, conscientes de su indigencia y pobreza, los piden humildemente: *Pauper et inops sum ego*. La liturgia no deja de recordarnos que no somos más que polvo y cenizas, criaturas débiles, siempre al borde de la muerte.

Sin embargo, este aprendizaje de la humildad va acompañado de una esperanza radiante: en efecto, por los méritos de nuestro Salvador, también nosotros podemos ser sanados y asociarnos a nuestros hermanos en los que vive Cristo. El hombre siempre necesita algo; es un mendigo. Sin embargo, cuando mendigan, los mendigos deben respetar siempre la jerarquía de valores. Esto es lo que expresa de manera notable la liturgia: *Fac eos quae tibi sunt placata postulare* (6º domingo después de Pentecostés). Debemos pedir a Dios que aumente nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad: *Omnipotens sempiterne Deus, da nobis fidei, spei et caritatis augmentum: et, ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod praecipis* (13º domingo después de Pentecostés).

Por lo tanto, en nuestra vida de oración debemos dar prioridad absoluta a la adoración y la glorificación de Dios, tal y como nos han enseñado los santos, quienes, en sus momentos de gran angustia y intenso sufrimiento, nunca olvidaron que la prioridad absoluta debía ser la glorificación de Dios. Poco antes de su muerte, san Francisco de Asís compuso su himno al sol, un himno de

acción de gracias, para enseñarnos que, incluso en medio de las pruebas, Dios debía permanecer en el centro de nuestra vida de oración. Cuando nos enfrentamos a una tormenta, siempre podemos rezar así: «Que el granizo, la nieve y la tormenta alaben al Señor».

Si bien es cierto que debemos rezar, en primer lugar, para que se nos conceda la gracia de amar a Dios por encima de todo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, eso no nos impide pedir otras cosas, aunque todo debe estar subordinado a estas exigencias primordiales. Debemos rezar no solo para adorar a Dios, sino también para glorificarlo, para darle las gracias por sus dones y para pedirle perdón, es decir, para que nos conceda el «don de las lágrimas»: *Educ de cordibus nostris duritia lacrymas compunctionis; ut peccata nostra plangere valeamus, remissionemque eorum, te miserante mereamur accipere*. Lágrimas que derritan nuestro corazón de piedra y lo transformen en un corazón humano: las lágrimas santas derramadas por Pedro cuando tomó conciencia de la gravedad de la falta que había cometido al renegar de aquel a quien amaba sinceramente; las lágrimas derramadas por san Agustín en el jardín de Milán cuando su corazón sucumbió finalmente a la gracia; las lágrimas derramadas por san Francisco de Asís porque «el Amor no es amado».

La liturgia no tiene nada que ver con el gnosticismo que, de una forma u otra, afirma con orgullo que estamos por encima de las necesidades corporales. Lejos de nosotros la idea de negar el lugar que ocupan las oraciones de petición en la vida espiritual del hombre. Se nos pide que recemos por nuestro pan de cada día, pero este pan terrenal y perecedero no debe disminuir nuestro hambre del pan de vida que recibimos en la Sagrada Eucaristía. Pedimos a Dios que nos proteja de los innumerables peligros que nos amenazan: *A peste, fame et bello, libera nos Domine*. En la liturgia, reconocemos humildemente que tenemos necesidades y pedimos a Dios que las satisfaga. Esta humilde petición se une a nuestra gratitud por el hecho de que Dios, a quien nos atrevemos a llamar Padre, nos ama y que quien cuida de los pájaros no se olvidará de nosotros.

Por desgracia, muchos de nosotros solo nos volvemos hacia Dios cuando estamos en la angustia. El 11 de septiembre de 2001, los lugares de culto estaban llenos. No duró mucho tiempo, pero podemos estar seguros de que el mismo escenario se repetirá tan pronto como nos golpee otra tragedia. El hombre moderno padece una grave enfermedad: ha perdido todo sentido de la jerarquía de valores. Esto explica la increíble popularidad del deporte. Para muchos, los campeones son héroes. ¡Qué lejos estamos de la Edad Media! Entonces, los héroes eran los santos.

La liturgia nos introduce en el mundo de lo sagrado: lo sagrado es lo que pertenece a Dios o está consagrado a Dios. Nos pide que «aspiramos a las cosas celestiales y despreciamos las

terrenales». No solo el mundo en el que vivimos está «desacralizado» —el Santísimo Sacramento está relegado a un rincón oscuro de nuestras iglesias—, sino que ya apenas se distingue entre lo sagrado y lo profano. ¿No fue Teilhard de Chardin quien hizo esta desafortunada afirmación: «¿Todo es sagrado?» De ello se deduce necesariamente que nada es sagrado. Ante la zarza ardiente, Moisés se descalzó. Cuando bajó del monte Sinaí, se cubrió el rostro porque había oído la voz de Dios. Nosotros, los católicos, tenemos a Cristo presente en el sagrario; sin embargo, muchos católicos apenas muestran respeto ante el Santísimo Sacramento y, a menudo, se atreven a entrar en la casa de Dios vestidos de forma inmodesta. Hace unos meses, en una iglesia parroquial de Estados Unidos, un hombre asistió a misa en traje de baño. Hoy en día, nuestras iglesias parecen salas de fiestas donde la gente viene a charlar y relajarse. Esto debe resultar especialmente chocante para los musulmanes, que se postran durante la oración; y sin embargo, Dios no está físicamente presente en sus mezquitas. *Terribilis est locus iste*, reza la Iglesia. Cristo expulsó a los vendedores del templo porque sus actividades mercantiles profanaban un lugar consagrado a Dios: «Esta es una casa de oración y vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones». En cuanto a nosotros, tenemos más que el templo de Jerusalén: el salvador del mundo está realmente presente en el tabernáculo. Y, sin embargo, muy a menudo nuestra actitud contradice de manera escandalosa el carácter sagrado de la casa de Dios: *O quam metuendus est locus iste*. Esta desacralización se manifiesta también en el hecho de que ya no nos arrodillamos para recibir la comunión.

En varias de sus obras, Dietrich von Hildebrand ha subrayado la importancia vital de la virtud de la reverencia. Ha definido maravillosamente la naturaleza de la virtud primordial de la pureza —tan pisoteada en nuestra sociedad— y ha mostrado que esta virtud es una respuesta al misterio del ámbito sexual (cf. *Purity*, Steubenville (Ohio): Franciscan University Press, 1989—. Si se comprende que no se trata únicamente de una necesidad biológica, sino de algo grande que está misteriosamente asociado al amor esponsal y a la posibilidad de procrear, no se dejará de adquirir esta virtud. Por muy deseables que sean el autocontrol y la templanza, por sí solos no bastan para garantizar la pureza, que es tan fundamental para nuestras relaciones con Dios, con nosotros mismos y con nuestro prójimo: «Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios».

Pero la importancia de esta virtud no se limita a este ámbito misterioso. También es fundamental en todos los aspectos de la vida humana. Una vez más, la liturgia nos enseña el espíritu de reverencia: es una respuesta a la santidad de Dios, a todo lo que tiene que ver con Dios, a todo lo que tiene valor: la belleza y la verdad. Quien se nutre de la liturgia acabará sin duda impregnado de su espíritu y se comportará con temor y respeto hacia las cosas que exigen tal actitud (cf. Dietrich

von Hildebrand, *Fundamental moral attitudes*, Nueva York: Longmans and Green, 1950; *Liturgy and personality*, Baltimore: Helicon Press, 1960).

La liturgia no deja de confrontarnos con la verdad: nuestra situación metafísica, nuestra naturaleza pecadora; pero también, al mismo tiempo, la santa curación concedida a quienes la piden humildemente: *Munda me*. ¡Qué lejos estamos de los luteranos, para quienes nunca podemos ser purificados y que pretenden que los méritos de Cristo cubren todos nuestros pecados! ¿Cómo puede concebirse que Dios, que nos ama, se contente con cubrir nuestra desnudez sin sanarnos, a nosotros, sus hijos, para que podamos alabarle en espíritu y en verdad?

A menudo, los hombres solo se ocupan de los problemas de los que ellos mismos son responsables y se alejan de la fuente de todas las soluciones. Muchos problemas humanos son artificiales, y el hombre es la causa. Muchos piensan que la liturgia es una forma convencional de oración, demasiado formal para alimentar el alma hambrienta de los fieles. Abogan por «oraciones privadas» que provienen «del corazón»: para ellos, es la única forma de oración que puede acercar al hombre a Dios. Sin embargo, la Iglesia afirma que la liturgia es la forma más perfecta de oración porque tiene su origen en el corazón de Cristo. Es como una catedral, la roca sobre la que debe fundamentarse nuestra vida de oración: si bien es cierto que en esta catedral hay lugar para estatuas y cuadros de gran valor, estos deben integrarse en el espacio definido por los muros sagrados de la iglesia.

Si la liturgia perdiera completamente de vista esta verdad fundamental, los seres humanos, débiles por naturaleza, caerían inevitablemente en el subjetivismo y perderían de vista la gloriosa universalidad de la alabanza litúrgica. De hecho, basta con abrirse a la liturgia para darse cuenta de que el espíritu de comunión entre los fieles está inseparable y notablemente asociado a las necesidades individuales. De hecho, solo puede haber auténtica comunión si se reconoce plenamente el valor del individuo. Observemos cómo la liturgia asocia admirablemente la dimensión del «nosotros» —te alabamos, te adoramos, te glorificamos— con el *mea culpa* del *Confiteor*.

Hoy en día, está de moda hacer hincapié en la dimensión comunitaria del pecado. Se nos repite *hasta la saciedad* que debemos pedir perdón por las faltas cometidas por nuestros hermanos en el pasado: las cruzadas, la Inquisición. Lo curioso es que esta tendencia va acompañada de otra, amenazadora: olvidar pedir perdón por los propios pecados. Hoy en día, los confesionarios están vacíos. En cierto modo, nos comportamos como si nuestro arrepentimiento por los pecados que no hemos cometido sustituyera ventajosamente a nuestro arrepentimiento por los pecados que

cometemos a diario. Con demasiada frecuencia, el *mea culpa* se sustituye por un *nostra culpa* — todos somos pecadores— o, peor aún, por un *tua culpa* —todos mis pecados son culpa de mis padres, de la sociedad en la que vivo y, posiblemente, de mis genes!—. Esta última tendencia forma parte de la estrategia a la que recurren los abogados de un acusado: tal delito se justifica por el hecho de que el acusado fue maltratado en su juventud, que se le privó de algo, etc. Esta tendencia natural del hombre a culpar a los demás ya se encuentra en Adán y Eva: ella culpa a la serpiente, él a su mujer. En la liturgia no es así: no deja de recordarnos a cada uno de nosotros nuestra naturaleza pecadora y nos llama a , a pedir perdón a un Dios que no solo es misericordioso: Él es la misericordia misma. Muchas oraciones de la misa expresan que el hombre es consciente de su propia imperfección y que pone con confianza su esperanza de perdón en aquel que sufrió y murió por él: *Deus, qui omni potentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas...* (10.º domingo después de Pentecostés).

San Pablo nos llama a convertirnos en «hombres nuevos»; en otras palabras, debemos transformarnos en Cristo para poder decir, con este gran apóstol: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí». Una vez más, basta con considerar la liturgia para aprender cómo puede realizarse esta transformación, ya que no podemos llevarla a cabo por nuestras propias fuerzas. La liturgia es, por esencia, no pragmática. ¿No fue Pascal quien escribió que no era pragmático porque podía hacer más sin serlo? La liturgia nos enseña que nunca debemos considerar la adoración a Dios como un medio para nuestra transformación. La liturgia es radicalmente antipragmática y, paradójicamente, este antipragmatismo la hace aún más fructífera. En una de sus obras más importantes, *Liturgy and personality* —que lamentablemente no está disponible en francés—, mi marido mostró cómo una actitud adecuada hacia la liturgia permite que el alma humana se transforme. En efecto, la liturgia está tan impregnada de la verdad sobrenatural que, a través de ella, el hombre aprende a glorificar a Dios y, al hacerlo, se convierte en una «criatura nueva». Los inmensos beneficios espirituales que nos ofrece la liturgia no son medios para operar nuestra transformación: esta es una gracia sobreabundante que deriva de nuestra participación en este alimento divino.

La liturgia está impregnada del espíritu de *la discretio*: «Es el sentido de la distinción aplicado a la estructura del mundo. Es ante todo un sentido específico que nos permite percibir y respetar la estructura y el ritmo dramático del ser en la preparación, el ascenso, el cumplimiento y el declive» (*Liturgy and personality*, p. 84). Es notable que, en la liturgia tridentina, el celebrante se sitúe primero al pie del altar: esto significa que necesita purificarse antes de atreverse a subir al altar

—que no es una mesa—, sobre el que se va a actualizar, de manera incruenta, el sacrificio del Calvario. Esto es profundamente simbólico, y los símbolos —la mayoría de los cuales han sido eliminados— tienen un significado profundamente religioso. Toda la estructura de la Santa Misa es una expresión perfecta de esta virtud: el respeto que se debe tener por las diferentes etapas que conducen al corazón de la misa: la consagración. Es como una sinfonía en la que los diferentes temas confluyen en un *presente* completo, donde el tiempo y la eternidad se unen: *Hoc est enim corpus meum*.

La *discretio* es también una virtud completamente ignorada en nuestros días. La mayoría de la gente no conoce su significado ni es consciente de su importancia. Me refiero al respeto debido a las d s diferentes etapas por las que hay que pasar para alcanzar un objetivo sublime: nuestra relación con Dios y con nuestro prójimo. Esta laguna es especialmente evidente en Estados Unidos y en los países anglófonos, que ya no distinguen entre «vous» y «tu», diferencia que sí conocen el francés, el alemán, el español y el italiano. No es baladí que, cuando conocemos a alguien por primera vez, nos dirigamos a él de manera formal, respetando el «espacio» que separa a los seres humanos que aún no se conocen. A medida que nos acercamos al otro, el «tú» madura lentamente en nuestra alma, y llega un momento en que el «usted» resulta inadecuado o artificial. En Estados Unidos se ha desarrollado en los últimos años una actitud lamentable: llamar por su nombre de pila a alguien a quien no se conoce en absoluto. A menudo, la gente te llama por teléfono —por ejemplo, para venderte algo— y te dice: «Quiero hablar con John o con Mary». Cuando les preguntas qué quieren, te responden que venden un nuevo tipo de aspiradora. Se trata de una falta de *discreción* escandalosa.

Y, por desgracia, esta actitud deplorable se encuentra muy a menudo en las iglesias, incluso entre los sacerdotes; al hablar de Dios, uno dirá, por ejemplo: «El tipo simpático que vive allá arriba». ». Los ángeles deben llorar por ello. ¿Cómo se puede sentir «temor y temblor» en una iglesia católica donde los sacerdotes adoptan esta forma escandalosa de familiaridad, esta forma vulgar de hablar del Creador del cielo y de la tierra? La idea es, al parecer, «que la gente se sienta como en casa» en los lugares de culto; pero, de hecho, tal comportamiento impide que el alma encuentre el camino que la llevará *a su hogar*, a la morada que Dios ha preparado *para ella*. Esta familiaridad de mal gusto tiene como consecuencia destruir la reverencia del hombre por lo sobrenatural.

Todos lamentamos los trastornos religiosos que se han producido a raíz del Concilio Vaticano II. Desde hace cuarenta años, nuestra amada Iglesia se ve sacudida por escándalos,

traiciones y herejías, muchos de los cuales se explican por el hecho de que muchos de nuestros pastores han sido infieles a las enseñanzas de la Santa Iglesia, han abandonado su vida de oración y se han visto envenenados por el secularismo. Pero Dios nunca abandona a su Iglesia: se ven aparecer signos de renovación. Cada vez más numerosos, brotan brotes verdes en el desierto en el que nos arrastramos desde hace cuarenta años. Un signo particularmente prometedor es el resurgimiento de la liturgia tridentina, que durante años estuvo prácticamente prohibida, y el hecho de que cada vez más jóvenes asisten a ella para encontrar alimento espiritual. Este alimento lo encuentran en abundancia en la liturgia. Porque en ella es Dios mismo quien apacienta a sus ovejas: *Cibavit eos ex adipe frumenti, aleluya; et de petra melle saturavit eos, aleluya, aleluya, aleluya* (liturgia de la Fiesta de Dios).

Que el Espíritu Santo inspire a sus hijos a redescubrir los tesoros que contiene la liturgia y a alimentar su alma con este sublime alimento. El mundo en el que vivimos no permite optimismo . Sin embargo, ahora más que nunca es tiempo de *esperanza*, esa virtud sobrenatural que siempre ha sido el faro de los cristianos. Porque «donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia».